

Capítulo 19

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Discurso en el acto de homenaje ofrecido por la Academia Nacional de la Historia en el Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú

ARMANDO NIETO VÉLEZ, S. J.

El 6 de diciembre del año pasado falleció en Quito Félix Denegri Luna, miembro ilustre de nuestra Academia. En su memoria nos reunimos esta noche para evocar al colega y al amigo, y para poner de relieve la importancia de su obra historiográfica, que me atrevo a calificar de imprescindible dentro del acervo de aportes sustantivos a la historia de la República.

En unos apuntes de sabor autobiográfico recordó Félix Denegri las motivaciones de su dedicación a la historia. La asociaba a incisivas preguntas personales acerca del destino del Perú, en el que se intercalan periodos de prosperidad y unión con oscuros pasajes de incertidumbre colectiva, frustración y derrota: «al ingresar en esta Universidad [Católica] tenía esas acuciantes cuitas. La búsqueda de respuesta a tan angustiosas interrogantes, unida a una natural inclinación a los estudios del pasado, encaminaron mi vocación hacia la historia». Y agregó: «maestros por lo general excelentes, y compañeros de estudio inteligentes y entusiastas, creaban la atmósfera estimulante indispensable para quien sueña en altas empresas intelectuales. Había en nosotros una evidente voluntad —tal vez presuntuosa— de sincero servicio nacional».

En esos recuerdos de su juventud universitaria hallamos palabras de amable aprecio, alusivas a antiguos profesores, académicos de nuestro ateneo: «de mis maestros de época menciono a algunos que dejaron honda huella en mi formación: el padre Rubén Vargas Ugarte, cuya austera y magra figura de erudito exigente y riguroso escondía cálidos acentos humanos. Guillermo Lohmann Villena, investigador inteligente e incansable y con quien, gracias a Dios, me une hasta hoy fraterna amistad».

La vocación de Denegri por la historia patria nace, pues, en una doble motivación: conocer y servir. El deseo de conocimiento lo llevó al estudio directo de las fuentes con animosa constancia y pasión de incansable buscador. No fue la suya una búsqueda de datos sueltos, de recóndita erudición, sino el afán de

verdad y la férrea voluntad de llegar a la reconstrucción del pasado sin contentarse con respuestas rutinarias o la retórica repetición de lugares comunes. Quería obtener siempre la verdad última, por dolorosa que resultase o por ardua que fuese la pesquisa que le esperaba. Obedecía en su tarea al aforismo clásico, que es la consigna del historiador de buena ley: «la precisión es un deber, no una virtud». Igual que para un constructor, el empleo de materiales nobles no es un lujo sino una obligación.

En justo reconocimiento a esa tarea y a ese talante de honrada ciencia, la Academia Nacional de la Historia lo eligió como miembro de número en 1955. Para entonces, ya había iniciado con Jorge Basadre la Biblioteca de la República, anotando y editando la *Historia de los partidos* de Santiago Távora y las *Memorias* del general José Rufino Echenique: Las notas de Denegri se caracterizaban por su seriedad y exactitud. Corroboraba las intuiciones de Basadre fundamentándolas, ampliándolas y documentándolas con nuevos hallazgos. Llegó a ser así un excelente conocedor de la bibliografía peruana y americana del siglo XIX. En ese maremágnum de huidizas hojas impresas, con fugacidad de octavillas, pero que aspiraban a una problemática periodicidad, movíase Félix Denegri con soltura, y detectaba los altibajos de la política capitalina y provinciana, que ensalzaba o deprimía a caudillos como La Mar, Gamarra, Castilla, Santa Cruz, Nieto, Orbegoso, La Fuente, Vivanco y Echenique. Al mismo tiempo se familiarizaba con la historiografía de Bolivia, Chile, Colombia y Ecuador.

El profundo conocimiento de aquellos turbulentos decenios le permitió escribir con autoridad inigualada sobre personajes y acontecimientos, pero también editar con eruditas notas valiosos documentos. Tales fueron *Los generales republicanos* por Manuel de Mendiburu, el *Diario de viaje del presidente Orbegoso* por el presbítero José María Blanco, *Mi misión en Chile en 1879* por José Antonio de Lavalle, y las cartas de Mariano Ignacio Prado al general La Puerta.

Gracias a su generosa amistad pude compartir con él la subyugante peripecia de las tareas que darían como resultado aquellas memorables ediciones. Puedo afirmar sin hipérbole que una cosa es leer solo el nudo texto documental, y otra leerlo a la luz de aquellas notas: rigurosas, exactas, fruto de una labor ímproba. La concisión de unas breves líneas ocultaba con frecuencia largas horas de búsqueda y cotejo documental y bibliográfico, que habrían agotado a un historiador menos tenaz y cuidadoso.

Sus notas no eran adorno de lujo o despliegue de abrumadora erudición sino exigencia de un historiador responsable, urgido de ofrecer a los lectores la visión plenaria y causal de acontecimientos y procesos, que —de otra manera— serían información pura, desprovista de referencias y conexiones. Los volúmenes de la *Historia Marítima del Perú*, así como los trabajos para nuestra *Revista Histórica*, atestiguan un estilo de versación profesional lo más alejado posible de afirmaciones brillantes pero ligeras, o sin apoyo de verificación documental.

Citemos por ejemplo la reinterpretación de la guerra entre el Perú y la Gran Colombia o los precisos alcances a la historia de las cuestiones limítrofes con el Ecuador. Todo ello significó para Denegri densas jornadas de estudio e investigación, compulsas directas de fuentes, sin omitir viajes y consultas a especialistas del extranjero.

A propósito de esta amplitud de horizontes que él nos enseñó a apreciar, recuerdo que le agradaba contrastar opiniones o juicios de autores nuestros con testimonios provenientes de otras orillas. Cuando en 1971 preparamos, con Félix y otro académico fallecido, Alberto Tauro, la *Antología de la Independencia del Perú*, subrayábamos los tres ese matiz con estas palabras inspiradas por Denegri: «quizás algún lector se sorprenda de la frecuencia con que se recurre al testimonio realista. Entendemos que es ese testimonio el que —por su procedencia y el consiguiente contraste— calibra y realza el mérito y el valor de la acción emancipadora. Acudir siempre a los propios testimonios favorables es la tentación acostumbrada del triunfalismo y la jactancia».

En setiembre de 1969 quedó constituida la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, uno de cuyos objetivos principales —según el artículo 4° del decreto ley 17815— fue la edición de una colección de documentos sobre esa época. Junto con José Agustín de la Puente como primer director de la Comisión de Documentos, Félix Denegri organizó —bajo la dinámica gestión del general Juan Mendoza Rodríguez, presidente de la Comisión Nacional— un grupo de trabajo de miembros de la Comisión y académicos de la Historia entre los que se hallaban Ella Dunbar Temple, el general Felipe de la Barra, Guillermo Lohmann Villena, Aurelio Miró Quesada Sosa, Alberto Tauro y Estuardo Núñez, que se encargarían de la selección y edición de los testimonios más importantes acerca de la participación del Perú y de peruanos en la gesta emancipadora.

Proyectado inicialmente para cuarenta volúmenes, el magno plan editorial excedió los cálculos, llegándose a elaborar setenta y dos volúmenes. Finalmente se publicaron ochenta y seis, correspondientes a treinta grandes ejes temáticos. Debo confesar que el más empeñoso propulsor de la Colección fue Félix Denegri, quien señalaba vetas documentales o testimonios antiguos impresos, poco o nada conocidos, que era preciso rescatar del olvido. De su propia biblioteca salieron hacia la imprenta miles de fotocopias para numerosos volúmenes. Concretamente él mismo asumió la edición de ocho volúmenes de *Memorias, diarios y crónicas*, y dos de *Asuntos militares*, y entregó también tomos de periódicos de la época emancipadora a fin de que Alberto Tauro y Carmen Villanueva los incluyesen en la colección.

Otro mérito y responsabilidad le tocó a Denegri, porque, designado director de Economía de la Comisión Nacional, gestionó y obtuvo cuantiosas donaciones de bancos comerciales, firmas industriales, laboratorios, fábricas y parti-

culares. Todos ellos, animados por Denegri, contribuyeron generosamente a cubrir los gastos de edición e impresión de esta notable colección, sin duda el fruto más señalado y permanente de la Comisión que presidió el general Mendoza.

Como presidente de la Academia Nacional de la Historia entre 1979 y 1995, Denegri se interesó en promover la incorporación de nuevos miembros que representasen las diversas especialidades de nuestra disciplina: historia diplomática, etnohistoria, historia social, arqueología, historia social, arqueología, historia eclesiástica... En su periodo de gobierno convocó la Academia el importante Coloquio Internacional con el que debía celebrarse el bicentenario de la revolución de Túpac Amaru, y al que concurrieron expertos de la historiografía iberoamericana. En ese mismo año de 1980 se cumplió el 75° aniversario de nuestra corporación, celebrado precisamente en esta misma sala con asistencia del presidente de la república, don Fernando Belaunde Terry.

Por largos años, y con distintos gobiernos, Félix Denegri Luna fue miembro de la Comisión Consultiva de Relaciones Exteriores. Sagaz y franco consejero de la Cancillería, supo proporcionarle los valiosos elementos de juicio que brotaban de su siempre pronta erudición histórica, de su pasión por el Perú y de su interés por la integración continental.

Esa preocupación constante por el quehacer histórico al servicio de la causa americanista —sin desmedro de los derechos del país— se hizo más notoria en los últimos años de su vida. Quería contribuir a robustecer sobre bases muy firmes las relaciones del Perú con sus vecinos. Comprendió lúcidamente que las naciones latinoamericanas están destinadas a vivir en paz y en armónica colaboración, por encima de discrepancias o desacuerdos coyunturales. Pero al mismo tiempo era consciente de que tal finalidad debería fundamentarse en la verdad histórica, y de ninguna manera en prejuicios inveterados o en intereses subalternos. Denegri, que conocía al detalle la evolución histórica de nuestros estados nacionales, se encontraba inmejorablemente preparado para un diálogo franco y amplio con historiadores, diplomáticos y políticos. Predicó a tiempo y a destiempo la urgencia de ese diálogo. Y en ese empeño le sobrevino la enfermedad mortal. Lo único que pedía era buena voluntad y conocimiento de los hechos y documentos. No siempre fue bien comprendido. Pero era el primero en lamentar intransigencias infundadas o declaraciones altisonantes. Cuánto provecho ha traído la publicación de su último libro *Perú y Ecuador, apuntes para la historia de una frontera*, impreso en enero de 1996. De esa obra, fruto de maduro estudio y sólida documentación, son estas palabras:

- debemos aprender [a dialogar] con sinceridad y a disentir cordial y respetuosamente
- [...] Tenemos la firme creencia [de] que un esfuerzo de este género ha de tener efectos
- positivos sobre la percepción que ambas partes tienen el uno del otro. Esta es una

necesidad irremplazable e impostergable. Creemos que este ensayo de volver a mirar en la historia de nuestros dos pueblos, Perú y Ecuador, no tiene un propósito pasadista. Tenemos la convicción de que conocernos debidamente hará desaparecer muchos falsos y dañinos fantasmas que perjudican nuestro entendimiento. Así se facilitará el acercamiento y el mutuo respeto que nos merecemos peruanos y ecuatorianos. Con esta renovada visión se podrá construir un futuro mejor para ambos pueblos, ése que no solo se merecen, sino que tienen que alcanzar en este nuevo tiempo de Latinoamérica y del mundo.

Son frases estampadas más de dos años antes del Acuerdo Presidencial de Brasilia, y que apuntan a un proyecto que felizmente se encuentra ya en trance de ejecución.

Horas después de la presentación del libro, en el acto que tuvo lugar la noche del 16 de enero de 1996 en el Instituto Riva-Agüero, con asistencia del canciller Tudela, Denegri concedió una entrevista al diario *Expreso* de Guayaquil. Allí, con entera franqueza, volvió a afirmar las líneas centrales de su pensamiento, no obstante la tensión de aquellas primeras semanas del año 1996:

Estuve en la televisión ecuatoriana, en un congreso de historiadores ecuatorianos. Hubo mucha cordialidad. Y así debe ser. El peor de todos los negocios es seguir con desconfianza y terminar en absurdas guerras. [...] Las actitudes belicistas no son aconsejables para ninguna de las partes. Una actitud bélica nos deshace espiritualmente, nos hace perder económicamente, no nos permite ser socios porque desconfiamos mutuamente. Dios mío, hay que hacer un esfuerzo para sobreponerse a eso con base en la historia verdadera, que es la que da todas las explicaciones. La historia es una sola. Y sobre esa base tienen que dialogar diplomáticos, militares, trabajadores, intelectuales, maestros, mujeres, en fin. Los dos pueblos tenemos muchas cosas de que hablar, muchas cosas que aclarar.

Y terminó diciendo: «lo importante es sembrar de confianza el camino de las negociaciones y conversaciones».

Félix fue uno de los más diligentes obreros mayores en ese arduo empeño de conciliación a partir de la historia: una historia que dejaba de ser un conjunto de amarillentos folios para convertirse en macizos sillares del nuevo edificio de la comunidad internacional en esta parte del continente.

Dentro de ese afán de integración y comprensión entre los pueblos, y como quilate máximo de su espíritu, no puedo dejar de mencionar la cualidad humana por la que siempre habrá de recordársele: su generosidad intelectual, de la que fuimos beneficiarios y testigos innumerables amigos, investigadores e historiadores de todos los países, edades y condiciones. Siempre estuvo pronto Denegri para ayudar en un estudio, en la búsqueda bibliográfica, en la precisión de un nombre o una fecha. Lo ha dicho en una breve y concisa semblanza nuestro

presidente de la Academia: «su excepcional biblioteca le permitió, sin egoísmos, prestar un libro, aportar una ficha o recibir a un alumno que pedía consejo y orientación para el desarrollo de su tesis. Cuántos estudiosos extranjeros pasaron por su casa y enriquecieron su visión del Perú» («El Dominical» de *El Comercio*, 10/1/1999, p. 7). Y añadía José Agustín de la Puente: «fue un amante de las cosas nuestras, fuente de su vocación de bibliófilo, y advirtió que el estudio de la historia es una de las mejores formas de servicio al Perú».

Y justamente la vocación de servicio a la historia, que Denegri escogió vivir, le condujo —después de larga reflexión— a donar su extraordinaria biblioteca, única en su género, a la Pontificia Universidad Católica del Perú, su *alma mater*, en la que estudió Letras y Derecho, en la que se graduó y en la que fue recibido como profesor honorario del Departamento de Humanidades. En la Universidad será esa biblioteca un perenne monumento a su memoria, la memoria de Félix Denegri Luna, insigne académico, leal amigo, peruano cabal, que ya vive en el recuerdo del país.

Pueblo Libre, Lima, 21 de julio de 1999